

NOTA

ILLICH, IVÁN, *Control popular del poder y de la potencia*. Resumen de una ponencia presentada en el CIDOC. Cuernavaca, Mor., México, junio 15 de 1968. 11 p. dactilo.

Los programas para controlar la natalidad que se pretenden imponer en América Latina, fracasan porque subrayan más el temor a la pobreza que la alegría de vivir. Los que practican la planificación familiar son los mismos que orientan sus consumos conforme a las "necesidades" que crean los avisos de TV y la propaganda en general. Tanto en México como en Brasil ellos forman esa minoría rara y marginal que ha dado en llamarse clase media. Su misma situación de privilegio económico los expone a que su intimidad sexual sea regulada desde afuera mediante un juego de demandas.

Lograr éxito en la escuela, en el trabajo y en el sexo es una combinación de la que sólo goza en Latinoamérica una minoría que va del 1 al 5 por ciento. En ella se encuentran los "triunfadores" que se las saben arreglar para mantener el índice de sus entradas por encima del promedio nacional; allí también están los únicos que tienen acceso al poder político, que usarán como instrumento poderoso de favorecer a su estirpe. Incluso suponiendo que el número pequeño de los que han sabido aprovecharse de la Alianza para el Progreso de las clases medias, practícense la planificación familiar, eso no afectaría en forma significativa los índices de crecimiento demográfico. Pero la posibilidad de planificar sus familias es algo que está fuera del alcance de los "otros" (que en América Latina quiere decir "los más"). ¿A quién le sorprende que una "igualdad" más, se le reconozca al pobre en el papel y se le niegue de hecho?

En un contexto político pseudo-democrático es imposible inducir a la mayoría a practicar el control de la natalidad. Ni la seducción ni la educación producen efecto. Lo primero, porque es propio de tales regímenes el aparentar que respeten a la persona y, por lo tanto, no pueden ser demasiado agresivos en la propaganda, como sería el anunciar que

se pagan 25 dólares a cada mujer que se haga aplicar un espiral y 100 a la que se deje esterilizar. Eso sería más económico —conforme a sus objetivos—, pero no les permitiría guardar las apariencias. Lo segundo, porque a estos gobiernos no les conviene dar a los adultos analfabetos un tipo de educación en esta materia, que los llevaría a la crítica y a la disensión en el plano político. Saben que hacer eso sería labrarse su propia subversión.

El fracaso de lo mágico

Ese doble fracaso se explica también al ver la inadecuación existente entre lo que se predica y el estilo de vida común a las mayorías campesinas de América Latina. Éstas no creen que el controlar su impulso sexual las llevará a la abundancia material. Creen menos en eso que en la eficacia misma de los métodos anticonceptivos. Sin embargo, se las quiere convencer de que ambas cosas habrán de producirse por arte de magia. Si al pobre le repele el olor del remedio mágico, es porque huele allí la doblez de un rico magnate que le enseña "afablemente" cómo hacer para no seguir trayendo al mundo seres pobres y detestables como él. También se utiliza la agresividad para imponer los nuevos métodos, pero cobardemente, es decir, cuando se tiene enfrente a una criatura indefensa. Baste pensar en la mujer que, víctima de la "curación" hecha en su barrio, llega a la clínica, donde será iniciada al misterio de la contracepción como única alternativa para no tener que volver el año próximo. La demanda, al estilo y el método usados, insisten en cómo protegerse frente al mal, más que en cómo poder expresar más profundamente la vida, y ser libres para actuar atractivo, no es de maravillarse que fracase.

Mientras no se demitologicen los programas para controlar la ex- ella. Al no tener la planificación familiar, así planteada, nada de pansión demográfica, éstos no conseguirán reducir la fertilidad. El recurso a la magia, al mito y al misterio deben ser abandonados tanto por los abanderados de la contracepción, como por sus opositores éticos. Pero es que la creciente pobreza del mundo embota la imaginación de quienes deben buscar las soluciones. Entonces se recurre al mito para escapar a esa angustia insoportable: se convierte a las personas hambrientas en un informe enemigo mitológico con la ilusión de poder entonces controlarlo; se confiere a los programas para controlar la natalidad un poder mágico, y se invoca a ellos para mantener a raya los desbordamientos en las tablas estadísticas. Pero dado que el hombre no acepta el ser tratado como una célula que se reproduce dentro de

ese monstruo y lo hace crecer, las invocaciones al mito no hacen disminuir su fertilidad. Sólo los hombres de gabinete creen se puede convencer a los individuos que tomen como MOTIVOS PERSONALES, las RAZONES VALIDAS de los economistas de la nación.

“Población” es algo acéfalo, dirigible pero no motivable. Sólo las personas toman decisiones, y en la medida en que lo hacen son más o menos dirigibles. Por eso que quien se decida libremente a controlar su fertilidad en forma responsable, se sentirá también motivado para aspirar al poder político, porque en esa forma se asegura el no ser manejado según el gusto de otros. Entonces se entiende por qué los gobiernos militares de América del Sur no quieren aceptar los programas que buscan promover la paternidad responsable y la participación en el control político.

En América Latina, como colonia occidental, la escolarización masiva ha sido la forma de someter pasivamente a los niños a una ideología que se encarga de mantenerlos “democráticamente” en su lugar. Su “orden” político no ha tolerado una educación que despierte la conciencia de las masas adultas no escolarizadas, que promoverá su originalidad y los impulse al riesgo. Dar eso a los adultos es exhortarlos a liberarse de los tabúes y a destronar los ídolos que los defensores del STATUS QUO tan celosamente custodian.

Todo tabú dejado atrás significa un obstáculo menos para la liberación total del hombre. Caer en la cuenta que el sexo no tiene por qué llevar a una fecundidad que no se desea, hace que la persona vea que la sobrevivencia económica no tiene por qué engendrar la explotación política. Ser más libre como consorte, significa serlo también como ciudadano y, por consiguiente, volverse una fuerza activa en el proceso de cambio social.

El contexto de la urbanización

Todos los que procrearán antes de 1894 ya viven hoy día. Me pregunto de los que aún son niños de entre éstos, si serán usurpados de sus sentimientos por medio de la técnica, desposeídos de sus responsabilidades sociales, manipulados en su comportamiento sexual para adaptarlo a los intereses de otros, o si el traslado del campo a la ciudad los hará más libres y concientes para controlar la historia de sus vidas. En otras palabras: ¿llegará la ciudad a tragarse sus vidas o lograrán vivir en ella con mayor libertad?

La mayoría de los actuales habitantes de América Latina vive en un mundo donde el modo de pensar, las costumbres y los mitos están

enraizados en un pasado rural. Ahora bien, menos del 30 por ciento de los 350 millones que se espera tendrá el continente en la próxima generación podrán ser considerados "rurales". La diferencia se habrá trasladado a los centros poblados trayendo el bagaje que heredara de sus abuelos: aprecio por la tradición y por la prole numerosa (con la que el grupo hacía frente a la elevada mortalidad). Su lenguaje, símbolos, ideología y religión expresaron tales valores.

Pero una vez que el campesino se instala en la ciudad, pierde la poderosa herramienta que su cultura le diera para llevar con dignidad su situación de carencia. Más aún, debe renunciar concientemente a ella para poder sobrevivir. O acepta cambiar libremente la orientación de su vida y adaptar su conducta conforme eso se lo vaya exigiendo, o la ciudad lo esclaviza cuando no lo aplasta. La urbanización le ofrece nuevas coordenadas, símbolos y slogans con los que orientar sus más íntimos sentimientos y tendencias, y labrar su carácter.

La ciudad se vende al recién llega con una serie de instrucciones para su uso. Allí se mistifica al que no acepta las creencias tradicionales, sino las del credo de la ciudad con sus nuevos dogmas: prolongación de los años de vida obtenida mediante adelantos médicos; exaltación del sistema escolar; habilidad para mejorar de puesto en el trabajo y conseguir mayor remuneración. Producción y consumo se convierten en el patrón medida de los valores, sin excluir el de la fertilidad. Cambio de orientación, conducta y creencia van juntos, y solamente la minoría capaz de someterse a los tres podrá abrirse camino hacia las islas diminutas en que florece la abundancia.

¿Resistencia a la riqueza?

Es fácil percibir que un grado elevado de consumo, combinado con una fertilidad abundante, es un lujo que pocos pueden afrontar. Lo común es que quien rápidamente asciende en la pirámide social sea el que controla rigurosamente su número de hijos. Pero eso demanda una disciplina de por vida que no es fácil pedírsela a quien se ha criado en una choza y carece del entrenamiento que se requiere para ajustarse al ritmo que marca la escuela o al horario inflexible de una oficina. Salvo que se dé una rara combinación de carácter y circunstancias, la ciudad —mejor selectora que maestra— no enseñará al campesino las disciplinas que se precisan para triunfar en ella, en los negocios y en la vida de familia. Tampoco es la escuela quien mejor se las puede enseñar, pues ella también es más selectiva que pedagoga. Y si bien se ha pensado que la alta escolaridad trae consigo la baja

fertilidad, yo prefiero creer que lo que pasa es que las escuelas al hacer su selección sólo se quedan con aquellos mansos corderos capaces de seguir ahora sus órdenes y, más tarde, las del planificador.

¿Quiénes son los que todavía dicen que si la gente no progresa es porque no quiere; y que las oportunidades son las mismas para todos? Miremos los hechos. En Caracas, y en el mejor de los casos, sólo tres de cada cien están en camino de conseguir lo siguiente: título secundario, auto privado, seguro de enfermedad y un grado de higiene aceptable.

Se dice que la planificación familiar ha sido adoptada rápidamente por ciertos grupos étnicos. Pero tomemos a los puertorriqueños que viven en Nueva York. Es verdad que la fertilidad del grupo decrece, pero sólo si los que se tienen en cuenta son aquellos que habiendo hecho su decisión de ir a esa ciudad, lograron escapar de Harlem, pasar por la escuela y conseguir un empleo por más de 7,000 dólares al año. Ellos son los privilegiados que pudieron eludir la policía, las drogas, la discriminación y las agencias de bienestar social. Entre los muchos que buscan el Dorado ellos son el grupito selecto que no muere antes de haberlo encontrado.

En América Latina puede detectarse un fenómeno similar. Me refiero a esos pequeños grupos que a saltos de rana marchan hacia la riqueza. Lo propio de ellos es asociarse al Club de Leones, al Movimiento Familiar Cristiano, a los Caballeros de Colón o grupos por el estilo, que les permiten organizarse para poder alcanzar nuevos privilegios. "La Asociación para la Protección de la Clase Media", recientemente fundada en Caracas por los empleados de ESSO, sirve para ilustrar lo que mencionábamos. El que los miembros de estos grupos controlen su fertilidad no prueba que la contracepción sea un resultado de confort. Más bien quiere decir que en Latinoamérica son muy pocos los que tienen acceso a la riqueza.

El fracaso de la planificación familiar en las naciones en vías de desarrollo es comparable al fracaso que ha tenido en los ghettos negros de los EE. UU. La proliferación entre los norteamericanos pobres alcanza niveles próximos a los latinoamericanos. Con todo, el elemento común es más una disposición de ánimo que un factor numérico. Porque si bien por un lado en el ghetto negro se han alcanzado promedios económicos y disponibilidad de servicios que están fuera del alcance de nuestra generación en América Latina, por otro nos encontramos que en ambos lados la participación política es baja, el poder de que se dispone es sumamente limitado, y el humor se torna helado. Sorprende entonces que el mínimo público norteamericano que logró sensibilizarse con sus compatriotas de color que rechazaban la trampa que se

les tendía para que dejaran de reproducirse, mire como necesidad e histeria el que el pobre de ultramar busque escapar de la misma trampa. Tal como se viene planteando, el dar más información gratis a la gente es un truco que tiene que fracasar en Brasil de la misma forma que fracasó en el ghetto: no importa cuál sea el escenario, ese truco anti-conceptivo saldrá mal y no hará decrecer la fertilidad.

El año pasado en Brasil, obispos y comunistas levantaron la indignación pública contra los supuestos favores extendidos por el gobierno militar a los misioneros que importasen "serpentes" producidas en los EE. UU. para llevarlas a la Amazonia. Las "serpentes" (espirales), decían los acusadores, habría que "aplicarlas al interior de las mujeres" de modo de ir preparando la Amazonia para ser colonizada por "sobrantes" negros que se importarían de los EE. UU.

El demógrafo criado en torno al Atlántico Norte fácilmente interpreta eso como arranque de una imaginación enfermiza, más que como protesta simbólica contra la serpiente norteamericana que solicita a la Eva tropical para que guste la manzana de la abundancia. ¿Es que se busca acaso seducir a nuestros hombres para que acepten como "ley de la naturaleza humana" lo que no es más que la idiosincracia de un pueblo?

Alienación ideológica

Procuraremos tratar el tema libres de toda tendencia "imperialista", moralista o masivista que inconcientemente pueda determinar su interpretación.

Un individuo puede recurrir a la contracepción como defensa contra la miseria angustiante —caso de tantos abortos o como medio de mejorar económicamente— lo que sólo puede verificarse en la ínfima minoría que ha aceptado los postulados capitalistas y sube rápidamente los escalones del "progreso".

Porque para el 90% de la población de ciudades tipo Caracas o Sao Paulo, el tener pocos hijos no representa un mejoramiento significativo de nivel de vida. De ahí que los incentivos socio-económicos (ganancia a corto plazo, ventajas paralelas para la pequeña familia...) a través de los cuales los programas tradicionales de educación contraceptiva buscan motivar a las masas de escasa capacidad de consumo, sean percibidos por ellas como un engaño. Se las podrá adoctrinar sutilmente en los "valores de la clase media" o luchar por conseguir su asentimiento irreflexivo; pero eso no conseguirá disminuir su fertilidad, sino tan sólo aumentar su alienación.

El pobre no teme que se le cierren las puertas de una riqueza futura que nunca llegará a poseer, como tampoco el recurso al infierno ha tenido gran influencia en la conducta sexual de católicos fervientes. Pero es cinismo pedirle que se abstenga del placer para que otros puedan seguir alcanzando lo que a él se le niega. Ni la política de la Casa Blanca, con todas sus "razones", ni los códigos morales que pueda proponer el Papa, logran determinar la conducta sexual de la gente. Ambos son igualmente ineficaces porque usar la ideología para IMPONER la planificación familiar u oponerse a ella es un llamado a la idolatría y, por lo tanto, inhumano.

La ideología puede encontrarle justificación al egoísmo, al temor al riesgo, a la envidia... con tal de mover a las personas a usar contraceptivos; se las ingenia incluso para demostrar que todo eso contribuye a la estabilidad política y al aumento de la producción. Pero son sólo unos pocos individuos raros los que se deciden controlar su vida sexual engatusados por tales razonamientos. Ya hemos visto lo que pasa con la mayoría a quien se busca convencer con falsas razones: sigue tan prolífera como antes. En sentido contrario, la ideología es capaz de hacer que algunos —¿por un miedo mítico al infierno?— se lancen a procrear con "conciencia irresponsabilidad". Pero también aquí alegra pensar que no sean muchos lo que padecen tal neurosis. De tal manera que usar la ideología para motivar el comportamiento individual es a la vez un modo falaz de hacer política dirigida. Porque el recurso a los "absolutos" para determinar a la gente, es más una buena excusa que una buena razón.

Así como el maestro cree que los libros son la panacea para poder mejorar la situación de vida, los agentes de Salud Pública prefieren ver en un pesario la alfombra mágica que habrá de llevar al paraíso soñado. El producto del farmacéutico, el del librero y el de la curandera se usan con el mismo estilo. Por lo tanto, las mujeres que tragan a ojos cerrados la píldora mágica, no se diferencian psicológicamente de quienes depositan toda su confianza en los libros, en los filtros de amor o en S. Antonio.

Pero ni las escuelas ni las agencias de bienestar social han logrado mover a sus clientes con sus motivos. Las escuelas, a un alto precio, consiguen dar algo de alfabetización a unos pocos niños: en América Latina sólo uno de cada cuatro pasa del sexto grado. Las clínicas de bienestar social, por otro lado, logran resultados igualmente modestos: sólo uno de cada cuatro de los que allí se aconsejan, deja de tener hijos. La causa está en que ambas seleccionan mejor de lo que enseñan.

Sí los guardianes del STATUS QUO fueran consecuentes con sus intereses económicos, reconocerían públicamente que una nación ahorra más y a corto plazo por cada vida que se evita que el aumento en la productividad que trae consigo un nuevo niño escolarizado. Pero como decidirse por eso sería dejar al descubierto lo humanamente detestable que es el "orden" que se defiende, prefieren mantener las escuelas y las clínicas tal como funcionan, porque son políticamente necesarias y porque ayudan a mantener la envoltura del mundo occidental. Entonces se entiende por qué cuando se reduce el presupuesto para las escuelas se reinvierte en las clínicas o viceversa; pero las reinversiones nunca son hechas en favor de nuevos programas.

Los gobiernos militares no pueden sino temerle a SOCRATES: hay que encarcelarlo, exilarlo, ridiculizarlo o forzarlo al clandestinaje. Son pocos los promotores de la educación fundamental en América Latina que habiendo dado muestras de su capacidad, popularidad y dignidad siguen empleados en sus países. De unirse al gobierno, a la Iglesia o a una Agencia Internacional los amenazaría el tener que transar. En nuestro continente los que dirigen la política y los que han terminado la escuela secundaria (sólo el 3%) son los mismos. Por eso que todo lo que signifique involucrar masivamente a los adultos no escolarizados en el razonamiento político, implica un cambio que va más allá del gusto e imaginación de esa minoría. Si un nuevo programa educativo se propone alcanzar ese fin, pronto será declarado abortivo, ignorado como demagogia destinada al fracaso, reprimido como incitación al motín y, por supuesto, que no financiado.

Paulo FREIRE, educador Brasileño exiliado, demostró que se puede enseñar a leer y escribir en seis semanas a un 15%, aproximadamente, de los adultos analfabetos de un pueblo, con menos de lo que cuesta tener a un niño en la escuela durante un año. FREIRE hace que su equipo prepare para la comunidad con que se va a trabajar, una lista de palabras profundamente significativas y que, fácilmente, se convierten en foco de controversia política. Las sesiones se centran en torno al análisis de esas palabras. Los atraídos por el programa suele ser gente que dispone de potencial político. Asumiendo que les interesa el diálogo, aprender a leer y escribir las palabras claves les significa dar un paso hacia adelante en la intensidad y efectividad de su participación política.

Es obvio que tal tipo de educación sea selectivo. También lo son las escuelas. Sólo que el potencial político y la sala de clase reúnen a gente distinta: de un lado los elementos potencialmente subversivos de la sociedad, y de otro los niños dóciles dispuestos a condescender con la dictadura del sistema.

Los alumnos de FREIRE consumen una dieta diferente a los desechos con que se alimentan los fracasados de la escuela que consiguieron, sin embargo, aprender a leer. Nunca olvidaré una noche pasada con uno de esos grupos de campesinos hambrientos. Fue en Sergipe a comienzos de 1964. Un hombre se levantó; luchó por encontrar las palabras y luego expuso brevemente el argumento que trato de elaborar en este artículo: "Anoche no pude dormir... porque anoche escribí mi nombre... y comprendí que yo soy yo... que quiere decir que NOSOTROS somos responsables".

Ciudadanía responsable y paternidad responsable marchan juntas. Ambas resultan de haber experimentado la relación existente entre uno mismo y los demás. Someter a disciplina el comportamiento espontáneo es algo efectivo, creador y mantenible, sólo si se acepta teniendo en vista a los demás. La decisión de actuar como consorte y padre responsable implica participar en la vida política y aceptar la disciplina que eso exige. Hoy día en Brasil, eso significa prontitud para la lucha revolucionaria.

En esta perspectiva, mi sugerencia de que esos programas vastos para educación de adultos se orienten hacia la planificación familiar, supone estar en favor de que se dé educación política. La lucha por la liberación política y la participación popular en América Latina podrá adquirir mayor profundidad y conciencia si brota del reconocimiento de que incluso en los dominios más íntimos de la vida, el hombre moderno debe aceptar la técnica como una condición. Si la educación para la paternidad se condujera con ese estilo, podría volverse una forma poderosa de agitación que ayudaría a las masas desarraigadas a convertirse en "pueblo".

La Iglesia Católica como agente publicitario

Si la Iglesia Católica se propusiera oponerse sistemáticamente a los programas que promueven la planificación familiar realista y responsable —posibilidad que no consideró al escribir originalmente este artículo— eso tendría por resultado el mantener sobre el tapete la controversia, a la vez que despertar el humor y la cordura de la gente.

El polarizar la atención de los individuos en una determinada dirección provoca el deseo de su contrario, y en ese sentido lleva algo de positivo: el analfabetismo, al fijar al adulto en la ignorancia mantiene vivo en él el deseo de saber —que no ha sido corrompido por las deformaciones del sistema escolar—. El oscurantismo, de modo semejante, hace conciente a la persona de que se le está ocultando el acceso

a algo, logrando de ese modo despertar su curiosidad. Cuando éste descubra que lo que se le ocultaba no daña —como se le había dicho con amenazas ideológicas— se desencanta y rechaza la polarización en que se pretendía recluirlo. Eso es lo que la batalla en torno a los programas oficiales de control de la natalidad está logrando en nuestro continente. Y mi impresión es que el clero y la jerarquía católica —pese a sus buenas intenciones— al tomar partido en esa lucha, se vuelve una fuerza polarizadora que hace brotar lo que buscaba suprimir. Si ayudasen a instruir concientizando para que luego el hombre pudiese hacer sus decisiones, ellos podrían constatar tal vez mejores resultados a su favor y dejarían de jugar el papel que les toca en este momento, es decir, el de agentes publicitarios del producto de sus contrincantes.

Es curioso notar cómo están compuestos los bandos que se enfrentan en esa lucha. De un lado encontramos un grupo de extraños consortes que se unen y juntos apelan al "machismo" popular. Entre ellos se cuentan quienes se oponen a la planificación familiar por suponerla contra la ley natural, y quienes la rechazan por considerarla enemiga de sus intereses políticos. Los que proponen ahí la explosión demográfica como única forma de defenderse contra el "imperialismo yanqui" llegan hasta citar al Papa en su favor. La eficiencia de este grupo se resuelve en dar publicidad a los inventos baratos que están al alcance de quienes viven en una choza y no han ido a la escuela.

En el bando ideológico contrario, se da cita otra rara combinación de aliados: el doctor, el planificador y la solterona rica. Cada uno tiene sus razones para que se fuerce al pobre a que deje de reproducirse.

A estos también les sirve la controversia que despiertan las autoridades eclesiásticas, porque aprovechándose de ella darán a conocer sus argumentos. Durante medio siglo, no hubo otro medio de poder discutir la contracepción que el confesionario o la clase de catecismo. Después de las recriminaciones ardientes oídas allí, han sido más las mujeres que han venido a la clínica pidiendo se les informe cómo hacer para cometer lo que el sacerdote les dijo que era pecado.

La prédica y la conversación piadosa sobre las técnicas a no usarse en el lecho nupcial se vuelven, irónicamente, una gran contribución para que la gente se decida a usar aquellas que se le antojen. ¿Es eso lo mejor que puede hacer la Iglesia Católica para cumplir su misión humanizadora?

Tal vez glosando (o profanando) a CERVANTES pueda entenderse mejor lo que queremos decir: que no es fácil tener a todo el mundo en poco; ser el espantajo y el coco . . . ; y acreditar nuestra ventura con morir cuerdos y vivir locos.